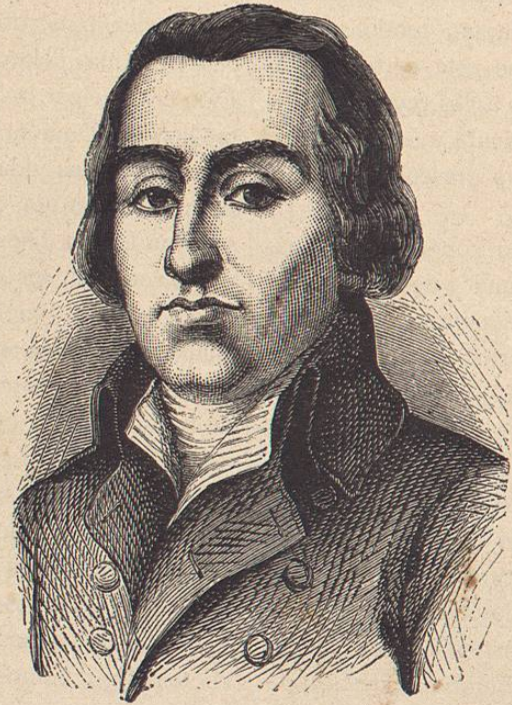


de los negocios como consecuencia de la declaración de guerra.

Claviere, que como sabemos dirigía las finanzas del Estado, había ya propuesto la bancarrota, pero ésta que era posible en los primeros días de la revolución, más aún, esta resolución que hubo de tomarse para salir del atolladero, ahora no era posible. En aquel entonces hubiera sido el antiguo régimen el responsable, ahora la responsabilidad sería de la Revolución. Por consiguiente no había más remedio que abandonar la guerra ó dejar de pagar á los acreedores del Estado. ¿Podía haber vacilación en la solución que debía darse á este dilema? No la hubo.

Resolvióse, pues, guardar el producto de la confiscación de los bienes de la Iglesia y no emplearlo mas en el pago de los acreedores del Estado. El 27 de Abril se propuso la creación de trescientos millones de nuevos asignados, que debían destinarse á los gastos de la guerra, en contra de lo que dispo-

nían las leyes sobre creación de asignados, esto es, que sólo debían emplearse en liquidar la deuda pública. Sin embargo, empleáronse de ellos sesenta millones en extinguirla, pero la que prueba la necesidad de dicha medida, es que ni siquiera se discutió lo que proponía el ministro. Mas cuando se supo que del dinero votado para la guerra se habían invertido para enjugar la deuda los dichos sesenta millones, Dupontex, exclamó: «Pues á este paso la deuda engullirá todos los asignados;» y Cambon hizo notar que para fin de año sólo los gastos de la guerra sobrepasarían en cuatrocientos millones las rentas todas del Estado, por lo que era necesario renunciar á la extinción de la deuda, tanto más cuanto que con esta medida, sólo recibían perjuicio los ricos, los empleados en la hacienda, los banqueros y los especuladores. En su consecuencia se resolvió el 20 de Mayo, que se suspendiera el pago de intereses de la deuda y su amortización, y de esta manera la Gironda hizo dinero para la guerra.



CAMBON



CAPITULO XV

FIN DE LA MONARQUÍA

Política real. — Se organiza la corrupción en sistema. — Inténtase comprar á Danton. — Exaltación legítima de los patriotas: Robespierre. — Su apasionamiento político. — Lanza á Desmoulin contra Brissot. — Censúrala por haber proclamado demasiado pronto la emancipación de los negros y la república. — Declárala cómplice de Lafayette. — Funesto sistema de defensa de Brissot. — Brissot en los Jacobinos. — Lucha entre jacobinos y girondinos. — Lafayette interviene: su carta á la Asamblea: 18 de Junio. — Brissot y Condorcet contra Lafayette. — Opone el rey el veto á los decretos de la Asamblea. — Acuerda la guardia nacional hacer una manifestación armada. — Petion y Robespierre aconsejan la calma. — Cómo se organizó el 20 de Junio. — Vergniaud pide que se reciba la manifestación y se prohiban las armadas para lo sucesivo. — Intransigencia de la Asamblea. — La manifestación llega á la Asamblea. — Recíbelas ésta. — El desfile. — La manifestación en las Tullerías. — Resultados y consecuencias de la manifestación del 20 de Junio. — Lafayette se presenta personalmente en la Asamblea el 28. — Protesta acalorada de los girondinos. — María Antonieta rechaza á Lafayette. — Los jacobinos y los girondinos contra Lafayette. — Quiere Lafayette reunir la guardia nacional. — Expiase la reina. — Petion se opone á la reunión de la milicia. — Regresa Lafayette vencido al ejército: 30 de Junio. — Resultado de la intervención de Lafayette. — Política de la corte. — Mallet du Pan en Alemania. — Trabajos del comité austriaco. — Trabajos del ministro de la gobernación Terrier de Monciel. — Inteligencias entre Terrier y Lafayette. — Si los girondinos descubrieron las tramas de la corte y del gobierno. — Resulta y revolucionaria actitud de los girondinos. — La comisión de los veintuno. — Pide que se declare la patria en peligro: sus consecuencias. — La Asamblea contra Terrier. — Disuélvese el estado mayor de la guardia nacional. — Reorganiza Carnot la policía bajo el mando de Segent y Panis. — Lucha parlamentaria entre Vergniaud y Dumas. — Denuncia el obispo Torne lo traición del rey. — Actitud de la prensa realista. — Decreta la Asamblea el 4 de Julio la permanencia de las autoridades. — Terror de las Tullerías: el rey sanciona los decretos. — Bajaza del rey: pide asistir personalmente á la fiesta del 14 de Julio. — El obispo Lamourette interviene en pro de una reconciliación. — El 7 de Julio. — Renuévase el día siguiente la lucha: decreta la suspensión de Petion por los sucesos del 20 de Junio. — Manifestación en favor del alcalde de París. — Los jacobinos se burlan del sentimentalismo de los girondinos. — Retirada de Terrier de Monciel: sus causas: debilidad del rey y funesta influencia de la reina. — No quiere la reina ser salvada mas que por los extranjeros. — Sorpresa de la Asamblea por la retirada del ministerio. — Creen los girondinos ser de nuevo llamados al gobierno. — Quieren detener el movimiento popular. — Su desilusión. — Aprueba el rey que se forme causa á Petion y Manuel. — Manifestación de los federados en favor de Petion. — Retira el rey su decreto. — El 15 de Julio: petición de Robespierre á la Asamblea pidiendo la destitución del rey y que se forme causa á Lafayette. — Resuelven entenderse directamente los girondinos con el rey. — Primera carta de Vergniaud, Gensonné y Guadet al rey. — Repulsa del rey: el nuevo ministerio. — Indignación de los girondinos. — Guadet descubre los manejos de Lafayette y Luckner. — Gensonné pide el 25 un gobierno revolucionario. — Segunda carta al rey: temporizaciones de Vergniaud y Brissot. — Indignación de los jacobinos. — El rey declara que jamás suscribirá los planes de la Gironda. — El manifiesto de las potencias aliadas de Brunswick: 25 de Julio. — Trabajos de Mallet du Pan. — Actitud de la Gironda: su falsa apreciación de la situación política: Vergniaud se decide y la decide por la proclamación de la república. — Reclama Vergniaud una Convención nacional. — Los hombres de acción en el *Soleil d'or* el 26 de Julio. — Quiénes eran. — Llegan los marseleses á París. — Barbaroux y Robespierre. — La Marsellesa. — Rouget de Lisle. — Cómo se debe juzgar á los girondinos. — Envía el rey el 2 de Agosto el manifiesto de Brunswick á la Asamblea. — La sección de Mancoiseil declara depuesto á Luis XVI. — Vergniaud hace anular su resolución. — La de Quinze-Vingts se decide por la de Mancoiseil y resuelve presentarse á la Asamblea. — Petion consigue que aplase su proyecto para el 9 de Agosto. — Adoptan otras secciones la resolución de los Quinze-Vingts. — El 10 de Agosto de 1792. — Prepáranse para la defensa en las Tullerías: armamentos: se rechaza el auxilio de los constitucionales. — Mandat jefe de día de la guardia nacional. — Su energía. — Reúnen los delegados de las secciones en las Casas Consistoriales. — Envían por Mandat. — Este se presenta: es asesinado. — Reemplázale Santerre. — Destituyen las secciones al Ayuntamiento de París y toma su nombre. — Abandona la familia real las Tullerías. — Refugiase en la Asamblea nacional. — Vergniaud pide la suspensión del rey y la reunión de la Convención nacional. — Ataque de las Tullerías. — Westermann y los suizos. — Salen los suizos de las Tullerías. — Asesinatos y saqueo de las Tullerías. — Vota la Asamblea el sufragio universal. — El poder ejecutivo: Danton ministro.

CUATRO ministros de la Guerra habían sido sacrificados por Luis XVI en tres meses. Narbonne, Degraives, Servan y Dumouriez eran otros tantos testigos de la complicidad del

rey con los enemigos de la patria, ya que todas las crisis gubernamentales habían tenido por punto de partida los actos de los ministros de la Guerra. Cuando el rey definía delante de la nación tan fran-

camente su actitud, era de creer había calculado todas las probabilidades de una lucha con la Asamblea, y que á falta de un Dumouriez que quisiera perderse por él, tenía á mano cien cortesanos dispuestos á sacrificarse. Pues nada de esto. Como sino ocurriera nada; como si los ministros dimitidos fueran hombres sin significación alguna; como si se viviera en el mejor de los mundos posibles y el rey mandara como un autócrata seguro de la sumisión de sus vasallos, el rey, reemplazó á los ministros dimitidos y dimisionarios con feullants sin significación alguna, con gente, sin embargo, decidida á cooperar al sistema en boga en la corte, al sistema de la traición organizada, y así sus primeros pasos fueron encaminados á comprar á Danton, quien en efecto, tenía muchos puntos de analogía con Mirabeau. ¿Recibió en esta ocasión Danton dinero de la corte? Esto se ha discutido mucho pero no se ha probado. Sin embargo, las tentativas de corrupción son ciertas, y éstas conocidas y divulgadas, hacían ver en cada hombre importante un traidor, un hombre vendido. Esto explica la exageración de lenguaje de los patriotas y que la palabra vendido saliera con tanta facilidad de sus labios. Quien más las usaba era Robespierre.

Robespierre era ya por este tiempo *el ídolo* del pueblo de París que le aclamaba por *incorruptible* y esta idolatría se fundaba precisamente en la enérgica y franca denuncia que constantemente hacía al pueblo de los tripotajes de los hombres de talla con la corte; pero como de todo lo que ocurría, Robespierre en primer lugar no tenía más que la sospecha, y en segundo lugar si algo sabía quedaba reducido al algo que la corte dejaba saber para desprestigiar á los revolucionarios, de aquí que no siempre estuviera justo Robespierre, dando lugar sus sospechas injuriosas á divisiones terribles en el seno del partido republicano y esto que no podía contar todavía á Robespierre como uno de los suyos: Robespierre aún no se había decidido.

Encarnándose por este tiempo la alma de los jacobinos en Robespierre, hemos de verle como éste trae y lleva en el seno de la terrible sociedad á los hombres de la Asamblea.

Injusto es de todo punto la acusación de que Robespierre se movía por despecho al ver que los girondinos hacían su camino sin hacerle caso. Robespierre era un espíritu recto y convencido, y las vueltas y revueltas políticas de los girondinos eran para él tan criminales como incomprensibles. Así no pudo nunca comprender el ministerio girondino, al republicano al lado del rey con la obligación de de-

fenderle contra los patriotas. Por esto vió él siempre la cuestión de la guerra por su lado político y por esto la denunció constantemente como un peligro para la libertad. Hemos hecho alusión á este sentido político de Robespierre y hemos ahora de hablar con más detalle de las luchas de los girondinos y jacobinos.

Opuestos los jacobinos á la guerra, cargaron contra su principal mantenedor, contra Brissot de una manera tan injusta como apasionada, y fué Desmoulins, el autor del *Brissot desenmascarado*, quien se hizo eco de las prevenciones y antipatías de Robespierre, para el hombre que acaparaba en aquel momento la revolución con su energía, actividad y elocuencia. Y merece notarse que Desmoulins acusaba á Brissot de haber comprometido el triunfo de los esclavos de las colonias y el de la república, por haber predicado demasiado pronto la emancipación de los esclavos, dando lugar con ella á la revolución de Santo Domingo que tantas desgracias causó, y á los asesinatos del campo de Marte que Brissot, decía, había preparado de acuerdo con el tirano Lafayette.

Esta idea de la complicidad de Brissot con Lafayette era la preocupación constante de Robespierre, y fundamento tenía para el suspicaz y receloso orador de los jacobinos, pues sabiendo indudablemente algo de lo que Lafayette pensaba, decía y maquinaba, Brissot resultaba su cómplice por el empeño que ponía de colocar á Lafayette al frente del ejército francés. Contra las denuncias y declamaciones de Robespierre se quiso emplear su táctica y Brissot en su diario, declaró, que si Robespierre no obraba movido por la vanidad herida obraba «por obra de la lista civil.» El golpe era de los que se vuelven contra el que lo da. La reputación de Robespierre estaba por encima de toda insinuación de esta clase, y esto hizo que en los Jacobinos se personalizara la cuestión y se acusara formalmente á Brissot y Condorcet.

Brissot recogió la acusación y sostenido por Guadet se defendió y defendió á Condorcet de una manera brillante. Guadet hizo más, atacó y denunció á Robespierre «como un hombre que antepone su orgullo al interés de la cosa pública, á un hombre que por ambición ó por desgracia se había convertido en *ídolo* del pueblo.» Esto pasaba el día 25 de Abril de 1792. Por estos mismos días en las *Revoluciones de París* se publicaba un artículo que principiaba diciendo: *Incorruptible* Robespierre sufrid que se os diga la verdad con la misma valentía con que vos la habéis dicho á los enemigos de

vuestro país...» Es cosa triste oírlo denunciado todo, desde Lafayette hasta *La Crónica*, «el diario de Condorcet.» En efecto, ya lo hemos dicho, el defecto capital de las acusaciones y denuncias de Robespierre era su extensión. Nosotros sabemos hoy que Robespierre tenía tantos motivos para dudar y denunciar á Lafayette cuantos le faltaban para tildar al virtuoso y noble Condorcet.

Júzgase ahora de la fama y crédito que había de ganarse Robespierre con la intervención de Lafayette tan inoportuna como irregular.

Tres días después de la retirada de Dumouriez, esto es, el 18 de Junio, recibía la Asamblea una carta que le había traído un ayudante de Lafayette á quien también le había dado otra para el rey. Lafayette cargaba en dicha carta sin miramiento alguno al ministerio girondino que acababa de caer sin distinguir entre Roland y Dumouriez, acusando de todas las perturbaciones interiores á «la facción jacobina,» reclamando luégo el respeto de la Constitución, incluso el libre ejercicio del poder real, y en fin, pedía que «acabara de una vez el reinado de los clubs.» «Al rey le escribía que mantuviera con vigor los derechos constitucionales.»

Los feullants que habían vuelto al gobierno hicieron una ovación á la carta de Lafayette y pidieron que se enviara á los departamentos, pero los girondinos se opusieron y consiguieron que no se le hiciera tanto honor. Al otro día Brissot y Condorcet trataron á Lafayette como se merecía en sus respectivos diarios.

Lafayette fue, pues, la gota de agua que llenaba el vaso de la paciencia de los que no veían la posibilidad de dar un solo paso sino imponiéndose por la fuerza. El rey no quería sancionar los dos últimos decretos de la Asamblea, y Lafayette creyendo hablar en nombre del ejército alentaba al rey á la resistencia. Los revolucionarios iban, pues, á contestar al rey y á Lafayette.

Al día siguiente del semi-triunfo de Lafayette en la Cámara, esto es, el 19 de Junio, el rey oponía su veto á los decretos de la Asamblea. El mismo día por la noche los comandantes de la guardia nacional dijeron al alcalde de París, á Petion, que al día siguiente irían á plantar, como lo habían ya acordado el 16, día en que volvieron de nuevo al poder los feullants, un árbol de la libertad en la terraza del club de los Feullants y que de allí irían con las armas de 1789, pasando luégo á la Asamblea y á palacio, para presentar á aquélla y al rey las peticiones que exigían las circunstancias.

Petion que como Robespierre aconsejaba la cal-

ma y la prudencia, hizo saber á los milicianos que la autoridad departamental, el directorio, negaba su permiso para tales manifestaciones, y que era necesario obedecer, pero los jefes aparentes de la manifestación, el riquísimo Santerre, cervecero del barrio de San Antonio, Alexandre, comandante de la guardia nacional, y el carnicero Legendre brazo de Danton que aconsejaba que se respetase á la reina pero que se la mandase al otro lado de la frontera y que se sembrase el terror en la corte, replicaron á Petion y á su policía que la manifestación tendría lugar pesase á quien pesase.

Amaneció el 20 de Junio presagiando á todos terribles disgustos. El Consejo municipal creyendo poder dominar el movimiento autorizó á la guardia nacional para que tomase parte en el mismo, mientras el jefe de ésta reunía algunos batallones para defender las Tullerías. En la Asamblea la agitación era extrema. Vergniaud recordaba que la Constituyente había dado el ejemplo de recibir comisiones armadas, que esto era peligroso, pero que todavía era más peligroso en aquel momento no recibir las que se esperaban. Y añadía si es verdad que se teme algo por el rey, que vaya á su lado una comisión de 60 miembros de la Asamblea. Por último Vergniaud pedía que se votara una ley prohibiendo toda manifestación armada. Todo esto era racional, justo y prudente, y sin embargo, la Asamblea no apoyó ninguna de las proposiciones del gran orador, no sabía pedir más que energía á las autoridades, y las autoridades no sabían cómo poder resistir á los barrios que en masa caían sobre el centro de París. Y esto acordaban cuando ya las dos columnas de los manifestantes los del barrio de San Antonio y los del barrio de San Marcelo habían llegado á las puertas de la Asamblea y pedían ser recibidos. La Asamblea que tanta energía pedía á las autoridades municipales dió orden, después de una discusión tumultuosa, de que entraran los manifestantes.

Veinte mil hombres desfilaban por delante los diputados al són de la música y del *ca ira* que ya terminaba con el terrible refrán de

Les aristocrates á la lanterne

llevando emblemas grotescos y sangrientos, y aún cuando hubo uno que llevaba atravesado por su pica «un corazón de aristócrata» y á quien se hizo retirar, la manifestación, por más que estuviera la gente armada, era del todo pacífica. En la petición que se presentó nada se pedía en concreto, la falta de los